

manera de sobre-todo otra túnica de pieles de antílope cosidas con una habilidad superior á la de nuestros guanteros. Sus turbantes, ó mas bien sus coronas formadas generalmente de tallos de abro (1) trenzados, están adornados de colmillos de jabalí cuidadosamente pulimentados, de varillas con talismanes, de granas coloradas, de vidrios y de conchas. Llevan al cuello, en los brazos y en las cañas de los pies objetos de madera que representan amuletos, ó pequeños

cuernos llenos de polvos mágicos atados con bramante cubierto ordinariamente de piel de culebra. Aquellos bárbaros con sus escudos adornados de borlas y su enorme y larga lanza de hierro, tienen algo de imponente que contrasta con las formas recortadas de nuestros vestidos europeos.

N'yamgundu y Maula seguían reclamando como un privilegio de su oficio la inspección previa de los regalos destinados al rey, pero habiéndosela yo ne-



Habitación de un jefe en el Uganda.

gado trataron de crear otra dificultad. Según ellos, era absolutamente preciso que cada objeto fuese envuelto en un pedazo de indiana, porque la etiqueta prohibía llevar descubiertos los presentes que se ofrecían al monarca. Cuando hubimos vencido aquel obstáculo, se llevaron á palacio con todo el ceremonial de cancillería los artículos que se detallan en la nota (2). Abria la marcha el *Union-Jack*, estandarte de los tres reinos, llevado por el kirangozi, al lado

(1) El *abro* es una planta medicinal del género glicina.

(2) Una caja de hoja de lata, cuatro bonitas bandas de seda, un fusil rayado de Whitworth, un cronómetro de oro, un revolver, tres carabinas rayadas, tres sables-bayonetas, una caja

del cual íbamos agrupados N'yamgundu, los pajes y yo: despues iba la guardia de honor compuesta de doce soldados con túnicas de franela encarnada, con arma al brazo y bayoneta calada. El resto de mis hombres iba detrás llevando cada uno un objeto de los que yo iba á poner á los pies de mi nuevo huésped. Nuestra comitiva produjo al pasar en los espectadores gritos de admiración; entre éstos, unos se llevaban las manos á la cabeza y otros haciendo con ellas una especie de bocina, gritaban entusiasmados con todas

de pólvora, otra de balas, otra de cápsulas, un telescopio, un sillón de hierro, diez paquetes de hermosos abalorios, un servicio de mesa, cuchillos, cucharas y tenedores.



Negros bebiendo pombé.



sus fuerzas: «*irungil irungil*» lo cual equivale para ellos al bravo mas enérgico. Todo iba en mi concepto perfectamente, cuando observé con disgusto que las personas encargadas del hongo (ú ofrenda) de Suwarora permanecían á la cabeza de la comitiva, tomándose la delantera. Este contratiempo, era tanto mas amargo, cuanto que su regalo, compuesto de alambre en gran cantidad era uno de los objetos que Suwarora me habia quitado en el Usui; pero por mas que me quejé y protesté, los vuakungus, ó nobles, encargados de escoltarme, parecían sordos á mis quejas. Así subimos el camino real hasta una plaza abierta entre la casa de Mtesa y el de su *hamraviona* ó comandante en jefe. Entramos en el patio y me quedé sorprendido al ver aquellas grandes chozas cubiertas de césped, cuyos tejados parecían haber sido esquilados por uno de nuestros peluqueros. A uno y otro lado, y formando separaciones regulares, habia vallas á la vez sólidas y ligeras formadas con esa especie de caña muy comun en el Uganda que lleva el nombre de «yerba de tigre» (*tiger-grass*). Allí habitan la mayor parte de las trescientas ó cuatrocientas mujeres de Mtesa; las demás tienen sus habitaciones cerca de la casa de la *nyamasoré* ó reina madre. Se hallaban formando pequeños grupos delante de las puertas observando y alegrándose al parecer de nuestra procesion triunfal. Los oficiales de guardia abrian y cerraban las puertas, que están provistas de campanillas y no permiten que se entre en el real recinto sin hacer ruido.

Cuando pasamos del primer patio se complicaron las exigencias de la etiqueta: los altos funcionarios iban á saludarme uno por uno vestidos de gala: por todas partes se veían grupos de hombres, mujeres, toros, perros y cabras, y los pajecillos con sus turbantes de cuerda, pasaban corriendo, como si dependiera su vida del cumplimiento del encargo que llevaban; pero ninguno dejaba de poner sumo cuidado en llevar bien cerrada la túnica de piel de antilope para que no se viesen ni por un momento sus piernas desnudas.

El patio en que entonces estábamos, precede al de recepcion, y me parecia natural entrar donde estaban los músicos, que cantaban á la vez que tocaban sus arpas de nueve cuerdas, semejantes á la *tambira* de Nubia; pero los maestros de ceremonias que se obstinaban en igualarnos con los comerciantes árabes, me mandaron sentar fuera de la choza en el suelo con toda mi gente. Yo estaba resuelto á no seguir respecto á esto el ejemplo de los indios y de los árabes, aunque éstos me habian advertido que no se habian atrevido á infringir los usos de la córte. Comprendia que si dejaba de afirmar mi independencia y mi valor social, perderia las ventajas que hasta entonces me daban la superioridad sobre los traficantes, y el papel

de príncipe, cuyos privilegios reclamaba. Sin embargo, para evitarme la tacha de precipitado, y en vista del temor que manifestaban mis servidores, al verme tan rebelde á las prescripciones de la etiqueta, concedí á las personas de la córte cinco minutos para que reflexionasen, advirtiéndoles que «si no recibia una acogida mas conveniente, me retiraria al espirar este plazo.»

Los vuagandas se quedaron pasmados é inmóviles como estatuas, y mi gente, que sabia que yo era hombre de palabra, principiaba á creermelo perdido. Pasados los cinco minutos, y no viendo alteracion ninguna en el orden establecido, me volví á mi choza despues de haber mandado á Bombay que me siguiese, dejando depositados en el suelo los regalos que habíamos llevado.

Aunque se considera inaccesible el soberano, excepto en las ocasiones bastante raras en que se le ocurre tener córte, supo inmediatamente que acababa de marcharme en un arrebato de indignacion. Su primer impulso fue salir de su gabinete de tocador y correr detrás de mí; pero como yo iba muy de prisa y ya estaba muy lejos, cambió de parecer y me envió algunos vuakungus. Estos pobres hombres, galopando con todo afán, me alcanzaron y me suplicaron arrodillados que volviese inmediatamente, «porque el monarca, que estaba en ayunas desde la víspera, no queria comer hasta despues de haberme visto.» Sus espresivas instancias de que yo no comprendia una palabra, me causaron sin embargo cierta sensacion, y contesté poniéndome la mano en el corazon y moviendo la cabeza con agrado; pero seguí andando cada vez mas de prisa.

Apenas entré en mi choza, vi llegar jadeando á Bombay y á otros de mi gente con encargo de decirme, que mis quejas habian llagado hasta el rey. El hongo de Suwarora estaba aplazado hasta nueva órden, y el rey, deseoso de mostrarme todas las consideraciones que me eran debidas, me autorizaba para llevar conmigo mi propia silla, aunque este era uno de los atributos exclusivos del trono.

Teniendo ya ganada mi causa, me calmé fumando una pipa y tomando una taza de té. Lo que mas me regocijaba en mi victoria era la humillacion de Suwarora. Cuando me presenté en el segundo recinto que acababa de abandonar, encontré una agitacion y un miedo extraordinarios, porque nadie sabia precisamente cuáles podrian ser las consecuencias de una tenacidad como la mia. Los maestros de ceremonias me suplicaron con las formas mas corteses que me sentase en la silla de tijera que habia llevado; otros oficiales se apresuraron á ir á anunciar mi vuelta. Solo esperé algunos minutos, durante los cuales, los músicos vestidos con pieles de cabra de pelos largos, y vacilando casi como los osos, procuraban distraer-

me. La mayor parte de ellos tocaban instrumentos de caña adornados de vidrios, y de los cuales pendian á manera de pabellones, pieles de gato montés: el compás se llevaba en unos tambores de forma oval.

Me anunciaron en breve que el poderoso monarca se hallaba sentado en su trono en la habitacion de ceremonia situada en el centro del tercer recinto. Me adelanté con el sombrero en la mano, seguido de mi guardia de honor, á la cual mandé abrir filas, y detrás de ella iban ordenados los portadores de mi presente. En vez de ir derecho á S. M., como para apretarle la mano, me quedé fuera del semicírculo que formaban los vuakungus. Todos estaban vestidos de pieles, la mayor parte de vaca; algunos, en corto número, tenian pieles de gato montés anudadas alrededor de la cintura, que era indicio de que corria por sus venas sangre real. Me indicaron que me detuviese en el sitio donde me habia colocado y que me sentase por consiguiente al sol; me apresuré á ponerme el sombrero y á abrir el paraguas, — fenómeno que escitó la admiracion y la hilaridad universal, — y mandé á mi guardia que uniese sus filas. Por fin me senté para contemplar á mi gusto un espectáculo tan nuevo para mí, y en que habia algo eminentemente dramático. El rey, que era un jóven de veinte y cinco años, alto, de fisonomía agradable y bien proporcionado, arregló con cuidado minucioso los pliegues de su túnica, y se sentó en una plataforma cuadrada cubierta con un paño rojo y rodeada de una valla de yerba de tigre. Su cabello estaba cortado casi á punta de tijera, excepto en la parte superior de la cabeza en que formaba un relieve parecido á la cimera de ciertos cascos, ó si se nos permite una comparación menos noble, á la cresta de un gallo. Un ancho collar plano, — que podemos llamar corbata, — algunas pequeñas perlas colocadas con gusto, un brazalete semejante, anillos alternados de bronce y de cobre en cada dedo, y medias ó polainas desde encima del tobillo hasta la mitad de la pantorrilla, hechas de abalorios de la mejor calidad, componian un traje á la vez ligero, correcto y verdaderamente elegante. Tenia por pañuelo de mano una «corteza» cuidadosamente doblada, y llevaba en la mano una banda de seda bordada de oro, con la cual cubria á cada momento su sonrisa ó enjugaba sus labios despues de haber bebido vino de bananas en pequeñas calabazas talladas en forma de copa que le escanciaban las damas que estaban á su alrededor, y que eran á la vez sus hermanas y sus mujeres. Habia cerca de él un perro blanco, una lanza, un escudo y una mujer que representaban en conjunto el blason nacional, el símbolo heráldico del Uganda. Habia tambien en la misma plataforma, á la derecha del rey, un grupo de oficiales de estado mayor, con los cuales se chanceaba

al parecer agradablemente, y al otro una turba de wichwesi ó hechiceras, que siempre van unidas en aquellos países á las córtes de los reyes.

Al cabo de algun tiempo me rogaron que entrase en aquella especie de cuadrado formado por la concurrencia, y en cuyo centro se veia colocado sobre una alfombra de pieles de leopardo, un enorme timbal de cobre guarnecido de campanillas de bronce sujetas á unos arcos de alambre, y dos tambores de menores dimensiones cubiertos de conchas y vidrios artísticamente trabajados. Yo ansiaba principiar la conversacion, pero desconocia la lengua del país, y ninguno de los que allí estaban se hubiera atrevido á hablar ni aun á levantar los ojos por miedo de que le acusasen de hacer guiños á las mujeres. Por tanto, Mtesa y yo, permanecemos mas de una hora contemplándonos uno á otro sin decirnos una palabra, y por mi parte obligado á guardar completo silencio, le oí discurrir con mis vecinos acerca de la novedad de mi porte, de la uniformidad de mi guardia, etc. Me pidieron en su nombre, mientras se entregaba á aquellos comentarios, que me quitase el sombrero, que abriese y cerrase mi paraguas, y mis guardias recibieron órden de volverse para ver sus vestidos encarnados, porque en el Uganda nunca se habia visto cosa semejante.

Por último, como el día iba terminando, S. M. encargó á Maula que me preguntase «si habia visto al monarca.» Contesté que hacia una hora que estaba teniendo aquel placer, y cuando le fueron transmitidas estas palabras, se levantó con la lanza en la mano para retirarse con su perro, que llevaba de un cordón, á las habitaciones del cuarto recinto. Estando consagrado aquel día á una recepcion de pura etiqueta, no debíamos tratar ningun asunto. La marcha del rey en el momento en que se alejaba de nosotros sin la menor ceremonia, debió parecernos magestuosa: es una marcha tradicional de su raza, que segun dicen los aduladores, tiene semejanza con la del leon, su primer antepasado. Sin embargo, debo confesar que aquella manera de echar el paso á derecha é izquierda, me recordaba el torpe bamboleo de las palímpedas de corral, y lejos de producirme terror me impedia mirar á S. M. con respeto.

Me impusieron otra nueva detencion, pero entonces me impidió quejarme un sentimiento de humanidad: me habian revelado bajo la forma de secreto, que el rey habia jurado no quebrantar el ayuno hasta despues de haberme visto, y S. M. iba á hacer su primera comida. Cuando ésta acabó, pasamos á otra esposicion de los esplendores de la córte. Me invitaron á que fuese con todos mis hombres al sitio donde estaba S. M. quedando escludos de esta audiencia particular sus propios oficiales, á escepcion de mis dos guías. El rey estaba de pie, sobre una alfombra



encarnada, apoyado en una de las puertas de la cabana, hablando y chanceándose, con el pañuelo en la mano, con un centenar de mujeres, que divididas en dos grupos se habian colocado á sus pies. Mi gente no se atrevia á adelantarse, y menos aun á echar una mirada al lado donde estaban las mujeres, y encorvados, con la cabeza baja y la mirada oblicua, iban arrastrándose detrás de mí. Conociendo yo el motivo de sus temores, me impacienté al ver aquella posición que les hacia parecerse á una bandada de gansos asustados, y despues de haberles regañado en alta voz, me quedé de pie, con el sombrero en la mano y la mirada fija en aquellas damas, hasta el momento en que recibí la órden de sentarme y cubrirme.

Entonces se informó Mtesa de lo que tenia que decirle en nombre de Rumanika, y Maula, evidentemente lisonjeado de hablar directamente al rey, contestó que se habia participado al soberano del Karagué la llegada de ciertos ingleses que subiendo el Nilo habian venido hasta el Gani y el Kidi. El rey reconoció la verdad de aquella noticia que tambien á él le habia sido transmitida, y entonces los dos vuakungus, segun costumbre del Uganda, dieron gracias á su señor con un entusiasmo, genuflexiones y fervor de humildad que parecian inagotables, repitiendo á cada momento: «*N'yanzig, N'yanzig, hai, N'yanzig, Mhama, Wangi.*» Cuando consideraron que habian dado bastantes muestras de gratitud, se echaron boca abajo como si estuvieran nadando y se volvian con saltos bruscos como los peces en la arena, repitiendo las mismas palabras hasta que se levantaron con la cabeza llena de fango.—En el Uganda hay necesidad de todo esto para satisfacer las exigencias de la supremacia monárquica. Terminada aquella conversacion, el rey, que habia vuelto á contemplarme y á charlar con sus mujeres, terminó lo que podria llamarse el segundo acto de la comedia. Iba acabando el dia y la tercera ceremonia se verificó con menos lentitud. Mtesa se trasladó sencillamente á otra choza, y allí se sentó sobre su trono, siempre rodeado de sus mujeres, y me mandó sentarme tan cerca de él como lo permitia la etiqueta, preguntándome despues «si le habia visto,» pregunta que indicaba por su parte un sentimiento íntimo de orgullo satisfecho. Entonces me apresuré, aprovechando la ocasion, á abrir nuestras conferencias hablándole de su gran fama que me habia llevado hasta allí, y de los obstáculos que habia tenido que vencer para satisfacer una curiosidad que poco á poco se habia convertido en el único objeto de mis deseos. Saqué al mismo tiempo de mi dedo un anillo de oro y le dije presentándosele: «aquí teneis una ligera prenda de amistad; ya veis que tiene la forma de un collar de perro, y como el oro de que está formada es el rey de los metales, me parece muy apropiado á vuestra

ilustre raza.»—«Ya que lo que venís á buscar es mi amistad, me contestó, ¿qué diríais si yo os indicase un camino por el cual pudiérais volver en un mes á vuestro pais?» Yo hubiera deseado contestar á esta pregunta, pero lo que tenia que decir habia de comunicarlo primero á Bombay para que lo trasmitiese á Nasib, que era el único de mis hombres que hablaba el kiganda (1); despues tenia que ser transmitido á Maula ó á N'yangundu para llegar á los oídos del rey, cuyos funcionarios son los únicos que están autorizados para servirles de intermedios. Esto no era nada favorable para una conversacion seguida, á cuyas dificultades se agregaban las rápidas maneras é impetuoso carácter que distinguen á los vuagandas. Mtesa, que sin duda habia olvidado su pregunta, cambió bruscamente de asunto y preguntó: «¿Qué clase de fusiles habeis traído? Veamos el que usais ordinariamente.» Mi disgusto fue grande y quise volver á su primera pregunta que adiviné tenia relacion con un camino directo para ir á Zanzibar por el pais de Masé. Tambien hubiera deseado tratar inmediatamente de Petherick y de Grant; pero ninguno se quiso encargar de mis interpelaciones. Me limité pues á contestar «que habia llevado los mejores fusiles que se conocian, entre otros el rayado de Withworth que le rogaba aceptase con otras bagatelas, y que si queria permitírmelo los depositaria á sus pies en una alfombra, segun la costumbre de mi pais cuando se visita á los sultanes.» Consintió en ello; despidió á sus mujeres y mandó desarrollar un mbugu, sobre el cual Bombay, por órden mia, principió á estender una tela roja; en seguida desató uno por uno los paquetes, y Nasib, tomando todos los objetos presentados, los acariciaba con sus sucias manos y los frotaba con sus ahumadas mejillas,—segun una costumbre de que hemos hecho mencion,—para probar al rey que no encerraban veneno oculto ni hechicerías. Mtesa, que parecia hallarse muy maravillado, volvia y revolvía con muestras pueriles de sorpresa todos los artículos, cogiéndolos con sus ávidas manos, y no podia menos de mirarlos como un verdadero niño. Entre tanto llegó la noche, y fue preciso encender antorchas, y entonces, los fusiles, las pistolas, la pólvora, las cajas, las herramientas, los abalorios, en una palabra, todo lo que yo habia llevado, fue amontonado con el mayor desórden y arrollado en una alfombra que se llevaron los pajes.

—«Ya es tarde, decia Mtesa, y es hora de separarnos... ¿Qué clase de provisiones deseais?»

—Un poco de todo, contesté.

—¿Os gustaria verme mañana?»

—Seguramente, todos los dias.

—Mañana no será posible, tengo mucho que hacer;

(1) Ya hemos dicho que la sílaba ki, colocada delante del nombre de un pais, indica el idioma que se habla en él.

pero al dia siguiente, si os parece, podreis verme. Ahora podeis marchar y llevaros esos seis pucheros de vino de bananas, y mi gente os proporcionará alimentos.

21 de febrero.—Por la mañana, en medio de una fuerte lluvia, llegan unos pajes llevándonos veinte vacas y diez cabras, y un mensaje verbal, por el cual



S. M. Mtesa, rey del Uganda.

el rey me manifiesta en estilo metafórico la satisfacion que ha tenido en verme, esperando que aceptaria «aquellos pollos» hasta que pudiera enviarme otros. Maula y N'yangundu á quienes se debia en parte el favor concedido al huésped, me felicitan con grandes estremos por la buena fortuna que me asegura la

proteccion de su rey. La lluvia que cae se considera en la córte como un buen augurio, y el monarca, segun me dicen, está contestísimo. Como era urgente para mí hablarle de Petherick y de Grant, le envío al punto los dos vuakungus para que le den gracias por su presente y para pedirle una entrevista lo antes